



CHAITANYA MAHÂPRABHU

Por Ada Albrecht

India, o Bharata Varsha, esto es, “el país de los hombres enamorados de Dios”, es el país de los santos por excelencia. De norte a sur, de este a oeste, en cada aldea, en cada villa o gran ciudad, siempre florecieron como inefables lotos humanos, hombres y mujeres cuyo único fin en la vida era la entrega total a los pies de Nuestro Señor. Siguen floreciendo ahora, como en épocas pasadas, pues detener la vocación de santidad del indio es tan difícil —si no imposible— como querer cambiar la naturaleza de los ríos, que siempre tienden al mar.

Los occidentales, tan lejos como están del espíritu indio, saben poco sobre sus innumerables santos. Los hay por millones, como estrellas en el Cielo, como flores en los campos que despiertan al beso de la primavera, así ellos, al beso de la Devoción. Lo que conmueve en ellos, es su universalismo, su amplitud, su amor sin límites dogmáticos, sin encasillamientos. Unos, se entregan a Rama, otros a Krishna, los de más allá a Sankara, a la Madre Kali, a Parvati, al Divino Ganesha... o a

ninguno. Estos últimos, resumidos en el Absoluto *Brahman*, tratan de lograr la Unión con Aquello, lejanos a todo lo que sea manifestación formal de Dios Nuestro Señor. Todos juntos y unidos, conforman una verdadera Familia Celeste de criaturas infinitamente puras y sublimes. Ellos lograron llegar a la última meta que el destino depara al Hombre: la total entrega a Dios, allende el intelecto y sus especulaciones, allende toda teología o puntos de vista particulares, pues sabido es que donde el Amor enciende su maravillosa lámpara, se desvanecen las sombras nacidas de la orgullosa *doxa*.

Es una pena, como decimos, que conozcamos tan poco sobre la vida de sus santos. Cuanto sabemos de India, suele ser un poco de sus *Vedas*, *Upanishads*, alguno que otro *Purâna*... su *Vedânta*¹... Nos aventuramos a nadar en el océano de su intelecto, pero el infinito océano de su Mística de Amor, para nosotros suele hallarse cubierto por el velo inigualable de su *Jñâna*² que, racionales como somos, tanto nos fascina, aunque no siempre lo comprendamos...

¹ Los *Vedas* son los Libros Sagrados fundamentales de la India, ellos son revelaciones directas de Dios a los Sabios Iluminados. Los *Upanishads* son la parte más metafísica de los *Vedas*. Los *Purânas* son relatos acerca de Dioses, sabios y santos. La *Vedânta* es el principal sistema de filosofía mística de la India.

² *Jñâna* significa “conocimiento”. Indica al camino del conocimiento espiritual.

La historia del santo Vishvambhar¹, por ejemplo, es de una naturaleza tal que, a menos que se tenga un corazón de hierro, nos arroba y redime de muchas angustias en este torbellino de nuestra Madre *Mâyâ*².

Nació en el mes de febrero del año 1486, durante plena dominación musulmana, en el seno de una familia de *Brahmines* consagrados al culto de Hari³.

Su padre, Jagannath Mishra, que era un gran erudito en los *Vedas*, en el momento del nacimiento de su hijo se hallaba a la orilla del sagrado río Ganges, participando de una fiesta mística que todos los habitantes de Navadvip —que tal era el nombre de la ciudad— se hallaban realizando en honor al Dios Hari.

Ciertamente, las plegarias llenaban el aire de mieles espirituales cuando se produjo el divino nacimiento del niño que llegaría a ser, con el paso del tiempo, uno de los más grandes místicos de India.

Contaba sólo con unos pocos meses de edad, cuando su sabio abuelo, Nilambar Chakravarti, un renombrado astrólogo,

¹ Vishvambhar Mishra era el nombre de nacimiento de Chaitanya Mahâprabhu. También era conocido con el nombre de Nimai.

² La ilusión del mundo manifiesto.

³ Otro Nombre del Divino Señor Vishnu, el compasivo Dios Protector del Universo.

queriendo probar las aptitudes de su nieto, lo sometió a una prueba. Esta consistía en esparcir al paso del pequeño numerosos objetos, tales como joyas, dinero, juguetes, dulces... y también poner a su alcance libros sagrados, inciensos, rosarios, etc. Existe una creencia en India, que nos dice que de acuerdo a nuestros *Samskaras*, esto es, de acuerdo a nuestra herencia espiritual, nos inclinaremos, ya sea por unos objetos, ya sea por otros, desde nuestros primeros meses de vida. Según nuestra naturaleza, pues, nos sentiremos atraídos, o bien por las cosas mundanas, o bien, divinas. Así fue como al pequeño Nimai —sobrenombre familiar de nuestro santo— le extendieron, como decimos, a su paso, todos estos elementos... Desconociendo dulces y juguetes, el pequeño se abrazó al sagrado *Bhagavatam*¹, el libro divino de los grandes devotos hindúes.

También existe en India la creencia de que las peligrosas serpientes cobras, de veneno mortal, se tornan mansas y ternas ante los hombres con espíritu de santidad, yendo tras ellos como mansos perrillos y resguardándolos con sus propias cabezas, de los rayos del Sol. Vishvambhar poseía una gran amiga cobra que siempre que lo veía jugando en el jardín, salía de su guarida a contemplarlo con reverencia. Incluso jugaba con

¹ También llamado *Srimad Bhagavatam* y *Bhagavata Purâna*.

él, escondiéndose entre las matas y deslizándose por sus pequeñas piernas como inofensiva serpentina. Vishvambhar abría sus fauces y tocaba sus peligrosos colmillos, pero la cobra se mantenía arrobada ante el niño a quien jamás hizo daño alguno.

A medida que éste crecía, el Amor a Dios también aumentaba en él, al punto de que para verlo feliz todo lo que debían hacer su Madre Sachi Devi y su Padre Jagannath, era cantar el nombre de Hari: esto llevaba al pequeño a un estado de alegría tal que su rostro se iluminaba como besado por mil soles, comenzando a bailar y bailar sin detenerse, anheloso tal vez de conquistar esa sublime libertad de la Luz interior que no se aviene a limitación alguna.

Si en la vecindad se preparaban alimentos para Hari¹, el pequeño intuitivamente lo sabía y comenzaba a llorar reclamando los dulces. ¡Tal era su identificación con la Divinidad que anhelaba participar de las ofrendas que a Ella se le rendían!

Al llegar a los ocho años, sin embargo, su vida plena de devoción, de mística y alegría, sintió el ramalazo de la tragedia: su hermano mayor, Visvarupa, había renunciado al mundo,

¹ En India se preparan alimentos a los *Devas* o Divinidades a fin de entregárselos como ofrenda en los Templos y frente a las Imágenes Sagradas.

tomando las vestiduras de *Sannyâsin*¹. Esto en India, para una familia común, es dramático, pues equivale a la pérdida del hijo en cuestión. Profundamente acongojados, los padres de Nimai pensaron que el excesivo conocimiento de los *Shâstras* o Libros Sagrados había llevado al hijo mayor al camino de renunciante, y no deseando que ocurriera lo mismo con el más pequeño, decidieron mantenerlo en la más suprema ignorancia de todo lo Divino.

Tal vez era la experiencia que Nimai necesitaba para demostrar que por sí mismo y sin ayuda de enseñanza alguna, él encontraría a Dios Nuestro Señor.

En efecto, pasaba horas y horas sentado en oración ante el divino rostro de la Madre Ganga-Ji², y no se movía del lugar ni aun cuando caía la noche. Su alma era una campana donde resonaban los cánticos divinos de su propio corazón. Su Fe y Amor a Nuestro Señor eran tales que derritieron por fin los hielos del temor y el apego en sus propios padres.

—Lo que tenga que ser, que sea —dijeron por fin, retornando a su pequeño hijo al mundo del conocimiento celeste.

Todos los *Shâstras* le fueron enseñados, se hizo perito en sánscrito, en rituales, etc. Años después, tuvo que afrontar la

¹ Monje renunciante.

² La personificación del sagrado río Ganges. También es llamada Ganga Devi.

pérdida de su padre, quedando como único sostén de su madre viuda. Siguió estudiando, hasta convertirse en uno de los más renombrados sabios. No llegaba a los veinte años cuando su fama era ya inmensa. Mas, si bien la sabiduría de su intelecto era copiosa, la de su corazón lo era más.

Cierta vez escribió comentarios al *Nyâya Shâstra*¹, mas, viendo que uno de sus colegas bajaba la cabeza apesadumbrado, le preguntó el porqué de esa actitud. Su condiscípulo le dijo:

—Sucedo que yo también había escrito un comentario del mismo libro, mas... ¿que posibilidad tengo ahora de que sea leído, estando también los tuyos? Los míos, pasarán como la arena entre los dedos, nadie querrá saber nada con ellos...

No había terminado de escuchar las palabras de su amigo, cuando, tomando sus propios comentarios, y con una sonrisa generosa, los echó al fuego.

—Nada es más sublime, hermano mío, que la amistad —le dijo. Y luego añadió:

—Es poca la ofrenda que hago, destruyendo mi obra, pues estaría feliz si por ello se me pidiese la misma vida...

¹ Tratado de lógica hindú.

Mientras todo esto sucedía, su ya anciana Madre le había buscado esposa, como es costumbre entre los hindúes. Sin embargo, su casamiento fue de breve duración. Su esposa murió a los pocos meses de casados. Y luego abandonó a su segunda consorte sin llegar a consumar el matrimonio.

—Madre, es inútil que sigas insistiendo con mi casamiento —explicó Nimai—. Lo que anhelo desde el fondo del alma es mi casamiento con Dios... Déjame libre como el viento, déjame cantar Su Nombre, permíteme vivir para Él, pues si no lo haces, por obedecerte, me harás el más infeliz de los mortales.

Comprendió por fin su madre, abandonando todo intento de retenerlo para la vida de hogareño... y Nimai se transformó en un latido del corazón mismísimo de la devoción...

Sin embargo, como toda obra de arte necesita para su terminación del último pulido del creador, así también el alma de Nimai, necesitó de un viaje: ir a la sagrada ciudad de Gaya.

En esa ciudad se eleva un maravilloso Templo donde se guarda celosamente la huella de Nuestro Divino Señor Vishnu¹, dejada en uno de Sus pasos por la Tierra. Gaya es un centro de Fe infinita. Allí se guardan reliquias maravillosas de

¹ El Templo, muy antiguo y venerado, es llamado Vishnupada Mandir, es decir, “Templo del Pie de Vishnu”. Muchos santos y devotos lo han visitado desde tiempos inmemoriales, entre ellos los santos Ramanuja y Madhavacharya.

Hari, pero por sobre todas las cosas, Hari mismo se guarda en el corazón de sus innumerables devotos.

Allí fue nuestro santo... y cuando regresó a su ciudad natal, ya no era el mismo. La semilla de Dios se había convertido en árbol frondoso, y el pequeño sonido en sinfonía magistral.

Sentado junto a sus alumnos, iba perdiendo la capacidad discursiva, mientras crecía en él su capacidad mística. El leve arrullo de un pájaro, la brisa más débil que lo acariciara, el pétalo de una flor, o la visión de un grano de polvo, traía a su memoria el recuerdo de Hari, Nuestro Señor. Entonces comenzaba a cantar, y las más de las veces, a llorar desconsoladamente, lleno de nostalgia por Su lejanía.

—Desciende Dios mío a mi corazón —gritaba desconsolado—. No permitas que viva separado de Ti, mira que las sombras son muchas y no quiero caer enredado por las lianas de *Mâyâ*. Sosténme, Dios misericordioso, en Tus brazos, quiero ser Tuyo, quiero amarte a Ti, sólo a Ti...

Era inútil. Ya no podía enseñar. Sus alumnos se le iban yendo uno a uno, y más y más devotos iban buscando su compañía.

Cierta vez, Ishvarapuri, un renombrado *Pandit*¹, habiéndose conmovido profundamente por la fe que demostraba el joven Vishvambhar, decidió tomarlo como discípulo e iniciarlo en los misteriosos e intrincados problemas de la *Vedânta*, esto es, el final de toda sabiduría, o encuentro con Dios. Para su asombro, descubrió que su joven discípulo, sabía más que él mismo sobre los difíciles textos estudiados. Esto hizo que ciudades enteras aclamaran al joven *Pandit* Vishvambhar... mas... no era gloria ni honor lo que éste buscaba, sino algo mil veces superior: amar a Dios con todo su Ser... Él quería hallar ese amor infinito, con cuya luz de fuego se corta todo terreno lazo para ascender de una vez y para siempre al mundo del cual jamás se regresa a los dominios del Infierno, es decir, esta misma Tierra². Él sabía que para conquistarlas, era necesaria la humildad, el sometimiento absoluto del pequeño déspota y tirano del yo al fuego resplandeciente de *Âtman*³. Iba pues, cantando por las calles el nombre de Hari, y mientras algunos lo llamaban “el santo”, para otros era “el loco”, y para los más era “el tonto”, el que había perdido su sabiduría maravillosa y

¹ Un *Pandit* es alguien muy versado en los Textos Sagrados. Es un erudito que posee gran conocimiento intelectual.

² A la Tierra en la cual habitamos, los Budhistas Tibetanos llaman *Myalpa*, es decir un infierno al cual nos hallamos obligados a regresar una y otra vez hasta que extingamos todo *Karma* de apegos y deseos terrenales.

³ *Âtman* es la Esencia Divina que habita en nuestro interior y que constituye nuestro verdadero Ser. Lo maravilloso de *Âtman* es que es idéntico a *Brahman* o Dios Absoluto.

su conocimiento, por tomar un sendero equivocado... Sea como sea, calles y senderos de Navadvip, su ciudad natal, lo veían pasar, las manos hacia el cielo, los ojos perdidos, cantando *Bayans* y *Kirtams*¹ en loor al Único.

Cierta vez, dos hermanos *Brahmines*², cansados —o envidiosos— de tanta devoción, decidieron golpearlo sin piedad valiéndose de grandes piedras. Recibió Vishvambhar los golpes, como si se trataran de ofrendas, y extendiendo sus brazos hacia sus enemigos, los estrechó entre ellos como si fueran su vida misma. Avergonzados y entristecidos por su mala acción, depusieron éstos su odio, y arrojándose a los pies del santo, pidieron su perdón y misericordia.

—Dios Nuestro Señor vive de Amor, fue la respuesta de Vishvambhar... y todos debemos hacer lo mismo que Nuestro Padre... Fue tan puro y sincero ese abrazo, que los dos hermanos *Brahmines*, llamados Jagai y Madhai, se sintieron resurrectos para el reino de la pureza... como si aguas cristalinas hubieran lavado las oscuras manchas de sus corazones.

—Jamás —gimieron—, jamás levantaremos las manos contra ti, hombre divino.

¹ *Bayans* y *Kirtams* son cantos devocionales.

² Es decir, pertenecientes a la casta sacerdotal.

¡Y así fue! Ambos se convirtieron en sus más íntimos discípulos, y como la vieja cobra de su infancia, ellos también seguían sus pasos envueltos en humildad y reverencia por esa alma sublime, sin el menor deseo de causarle daño alguno.

Un jefe musulmán, a quien el resurgimiento del amor a Vishnu tenía preocupado, decidió crear una ley por la cual a partir de la fecha ninguna manifestación de amor a Hari estaría permitida. Su oculta intención era disminuir el fervor religioso de los hindúes a fin de debilitar la fe en sus creencias ancestrales. Sabido es que la religión del Islam, como todas las Religiones, es maravillosa, pero caída muchas veces en manos de sectarios fanáticos, se ve disminuida, dogmatizada, y magra en Verdad. Alah es idéntico a *Brahman*, éste a Zeus, y éste a Osiris, mas... ¿cómo lograr que semejante comprensión se asile en las mentes estrechas? Estas pequeñas mentes han sido desde siempre la causa de cruentas guerras y toda clase de vicisitudes entre los hombres.

Chand Kazi —que tal era el nombre del jefe musulmán de nuestra historia— no era una excepción. Así pues, apoyándose en la soldadesca impuso su ley arbitraria, creyendo que de ese modo quedaría acabada la devoción a Hari.

Pero Vishvambhar era un santo, y quería con gran amor a todo el mundo. Así es como fue hasta el palacio del musulmán

con los brazos abiertos, y éste, más por miedo a sus miles de seguidores que a su propia conciencia, lo recibió, lo escuchó, y dispuso por fin que su propia ley sería revocada a fin de que pudiera continuar libremente el maravilloso culto a Dios Nuestro Señor, en forma hindú.

Cierta vez en que uno de sus discípulos —que era precisamente un converso de la religión de Alah— contrajera lepra, se vio totalmente curado de esa enfermedad por el solo abrazo divino que le prodigara su Maestro Vishvambhar. Lo que éste tocaba convertía en luz, en salud, en bienaventuranza, y eso acontecía porque él mismo se hallaba tan pleno de Dios, que obraba milagrosamente sobre los cuerpos y las almas de quienes tenían la fortuna de pertenecer a su círculo íntimo.

A medida que iba pasando el tiempo, Vishvambhar acrecentaba su devoción y su Fe. Solía pasearse por las riberas del sagrado río Jamuna, donde Sri Krishna, pasara su niñez junto a las *Gopis*¹, en su tiempo de pastorcillo. ¡Cuánta beatitud despertaba la visión de esas divinas aguas en el corazón de Vishvambhar! Una mañana, en que su amor por Nuestro Señor parecía desbordar hasta el infinito, no midiendo las consecuencias, y exclamando: “¡Hari, Hari, ya voy, me llamas desde el corazón de todas las cosas!”, arrojóse a las aguas hundién-

¹ Pastoras devotas del Divino Señor Krishna cuando este era un *Gopala*, es decir, un pastor que cuidaba a las mansas y bondadosas vacas de la aldea.

dose en las mismas ante los ojos horrorizados de sus devotos que nada pudieron hacer para impedirlo. Horas después, su cuerpo fue extraído del fondo del río, gracias a una red de pescadores que fortuitamente diera con tesoro tan sublime. Puesto su cuerpo sobre la playa, se vio descender una luz purísima y supremamente rutilante que, tomándolo por las espaldas, convertida ella misma en dos divinos brazos, lo ponían de pie al tiempo que una voz maravillosa decía: “¡Sigue, Hijo mío, expandiendo la doctrina del amor a Dios!”

Así lo hizo el santo Vishvambhar por algunos años más, hasta el día en que ocurrió ese milagro de milagros, en cuya historia se recrean todavía los hindúes de hoy. La misma es narrada una y otra vez en todas las casas, todos los Templos, todas las aldeas, como si el alma quisiera extraer fuerzas para emprender idéntico camino, merced al recuerdo constante de este gran amador de Dios.

Corría el año 1533, y una maravillosa mañana, en la cual el perfume de lotos y *Champakas*¹ acariciaban como el ala invisible de algún ángel sutil las mejillas infantiles del día, en el Templo de Jagannath se preparaban las ceremonias al Divino Hari.

¹ Una clase de magnolia de gran tamaño, cuyas flores blancas y amarillas poseen un maravilloso perfume.

El recinto se hallaba colmado de devotos. Vishvambhar, entre ellos, estaba apoyado sobre la columna llamada Garuda, observando con el mismo amor de siempre el *Sanctum Sanctorum*¹, y escuchando con lágrimas en los ojos, los cantos de los fieles.

Allí, en ese divino *Sanctum Sanctorum*, como decimos, se hallaba expuesta la imagen de nuestro Señor, el divino Hari, el bienaventurado Vishnu, en una de sus formas. Algo debió ocurrir en el corazón de Dios y en el corazón de Su devoto, ambos debieron sintonizar en el mismo instante, ambos sentir el dolor de la misma lejanía, ambos reclamar la unión para siempre de Padre e Hijo, pues, inexplicablemente las pesadísimas puertas del santuario, a las que para mover, eran necesarios dos o tres hombres corpulentos, comenzaron por sí solas a abrirse de par en par. Ya no sólo se veían las imágenes, como todos los días, sino todo el santuario, que por regla general y por ser innecesario, se mantenía a medio cubrir. Un rayo de luz muy tenue, desprendióse de la imagen de Hari, a los ojos de todos. El recinto fue dulcemente iluminado, como si “alguien” estuviera aguardando a quien seguramente vendría. Súbitamente, se vio al santo Vishvambhar, extender los brazos

¹ La parte más sagrada del Templo, donde se halla la imagen de la Divinidad. En sánscrito recibe el nombre de *Garbhagriha*.

hacia el *Sanctum Sanctorum* exclamando: “Ya voy Señor, ya voy”.

Ingresó pues, al *Sanctum Sanctorum*, ante los ojos de miles de fieles, que vieron estupefactos cómo las puertas del mismo se cerraban luego de que el santo ingresara. Instantes después, las mismas se abrieron, pero...

Vishvambhar había desaparecido para siempre. Nunca más regresaría al mundo de *Myalba*. Él había coronado su existencia, tornándose Uno con Dios.

* * *

Nuestra marcada propensión a razonarlo todo nos impide entrever el perfume sutil y verídico de esta narración. No comprendemos cómo pudo “esfumarse”, y tendemos a negar siempre aquello que no se devela con razones ante nuestra mente. Con mayor humildad, sin embargo, podríamos confesar que mucho, pero mucho más, es lo que vivimos ignorando que sabiendo, y muchos, pero muchos más los milagros que asisten a nuestra vida, cotidianamente, que aquello ordenado por nuestra razón. Necesitamos tal vez, los ojos puros de los niños, sin ideas preconcebidas, para acercarnos al Reino de lo Real, y por ellos al Reino Divino.

La mente nos lleva hasta un punto del Camino, mas es el Camino en sí el que nos otorga la difícil capacidad de Amar, la

cual sólo anida en los corazones de los hombres que van marchando paulatina, pero seguramente, hacia la dulcísima coronación humana: la Santidad.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
